

PAUL CONSTANTINESCU C.

VIDA, OBRA E IMPORTANCIA
DE HUMBOLDT PARA LA
AMERICA LATINA

El 6 de mayo último se cumplieron cien años del fallecimiento de uno de los más grandes sabios del siglo XIX, el Barón Alexander von Humboldt. En ese día, en casi todo el mundo, se le rindieron sentidos homenajes recordatorios, en que se destacaron sus méritos científicos y humanos. Nuestra revista se asocia con sumo agrado a estos actos conmemorativos, publicando el presente estudio del Dr. Paúl Constantinescu, profesor de la Universidad de Chile. N de la R

FEDERICO ENRIQUE ALEJANDRO VON HUMBOLDT nació en Berlín el 14 de septiembre de 1769 y parecía predestinado —como inteligentemente algunos biógrafos han observado—, a causa del apellido de su madre, María Isabel de Colomb, a vincularse con el Nuevo Mundo. En verdad, como se verá en seguida, resulta un tanto extraño que un hombre tan ajeno a América terminara siendo tan entrañablemente suyo, tan atado a todos los problemas de este continente.

Pasó la infancia y una parte de la juventud con su hermano Guillermo —célebre lingüista, reformador de los programas de enseñanza superior y político—, en la propiedad de su familia en Tegel, cerca de Berlín, donde recibió instrucción primaria y secundaria de los maestros Kunth y Engel. Desde niño demostró afición no solamente por las tradicionales leyendas bélicas o aventuras de Robinson Crusoe —adecuadas a su edad—, sino también por los fenómenos físicos de la naturaleza, plantas, insectos y animalitos, que constituyeron después el principal sector de su ancho campo de investigaciones.

Luego se inscribió en las universidades de Francfort sobre el Oder, Berlín, Gottinga, Hamburgo y Friburgo, donde estudió sucesivamente (entre 1777-1792) botánica, ciencias económicas y mineralogía, asistiendo a las clases de los notables profesores Willdenow, Heyne, Blumenbach, Von Buch, Werner, Freiesleben y otros.

En el curso de sus estudios, Humboldt entabló relaciones de amistad con J. G. Forster, miembro de la expedición científica de Cook, lo que fue un gran acicate para su fantasía, pues con él hizo sus primeras excursiones geológicas al Harz y a las orillas del Rhin y cuyos resultados fueron publicados con el título "Investigaciones mineralógicas sobre algunos basaltos del Rhin" (1790). A esta obra siguieron otras dos acerca de "La flora subterránea de Friburgo" y "La irritabilidad de las fibras musculares y nerviosas".

Obtenido ya el título de minerólogo, fue nombrado Asesor en el Consejo de Minas de la Alta Franconia, cargo que desempeñó entre 1792-1796. Durante este período visitó, en misión oficial, Galicia y la región de los Alpes y además trabó conocimiento con dos de los más grandes genios de la Alemania de su época: Schiller, en cuyo diario "Las Horas", Humboldt colaboró en diferentes oportunidades, y Goethe.

La amistad que le brindó Goethe decidió, quizás, la vida de Humboldt. Hombre de una cultura universal, símbolo vivo de la curiosidad por todo lo animado, dueño de una potencia de sugestión magistral, Goethe fue para Humboldt toda una revelación; pero, al mismo tiempo, Goethe comprendió el tesoro de iniciativa, energía y capacidad que se encerraba en su joven amigo y no dejó de estimularlo a continuar sus investigaciones, infundiéndole valor para alentar su ciencia.

Tal vez la muerte de su madre, acaecida en noviembre de 1796, excitó aún más sus deseos de investigación y viajar. Renunció, en seguida, a sus funciones administrativas y, ávido de saber, Humboldt recorrió varios países de Europa (Austria, Italia y Francia), ocasión en que conoció a algunos connotados sabios de entonces, tales como Laplace, Berthollet, Zach, Lord Bristol, Bonpland y Baudin. Planeaba ir a Egipto (1798), pero, habiendo iniciado Napoleón su campaña contra este país, fracasó en su intento. No se desanimó y en compañía del destacado naturalista francés Aimé Bonpland, prosiguió su gira desde París por España, de cuyo gobierno obtuvo el permiso de visitar las colonias de América.

He aquí lo que uno de sus biógrafos escribe acerca de tal salvaconducto: "En marzo de 1799 Humboldt fue presentado a la Corte de Madrid y el Rey se dignó acogerlo con mucha bondad. Nunca se había concedido a un

viajero un permiso más ilimitado para visitar el Imperio colonial de América; nunca había sido honrado un extranjero con tanta confianza de parte del gobierno español”.

Todo esto no es sino una prueba evidente del prestigio alcanzado por el científico alemán a la temprana edad de 30 años.

Humboldt zarpó desde el puerto de la Coruña en junio de 1799, en la corbeta “Pizarro”, junto con su colega Bonpland y un pequeño grupo de colaboradores para dirigirse a las “Indias”.

Se abría así un nuevo capítulo para sus propios estudios y, también, se puede afirmar, para el redescubrimiento del Nuevo Mundo.

En efecto, su ruta será aproximadamente la misma de Colón. Pasó por Tenerife, donde hizo averiguaciones acerca de los aspectos geológicos del volcán de esta isla, para alcanzar las costas venezolanas en Cumaná. En Venezuela permaneció un año, explorando sobre todo la poco conocida cuenca del Orinoco. En seguida viajó por el Caribe hacia Cuba (fines de 1800), con el ánimo de partir desde ahí al Mississippi y probablemente a Filipinas y el Oriente asiático.

Una noticia inesperada lo obligó a cambiar de itinerario. Un amigo suyo, el capitán Baudin, con quien años atrás trató de emprender el viaje al Nuevo Mundo, había, por fin, conseguido realizarlo y se encontraba en la vecina Audiencia de Quito. Para encontrar a este amigo, Humboldt no vaciló en rectificar su ruta; volvió hacia la costa, a Cartagena de Indias, y tomando el camino terrestre, pasó por la Meseta de Bogotá, atravesó los Andes y llegó, finalmente, a Quito a principios de 1802.

Sin embargo, los acontecimientos no le permitieron encontrar al capitán Baudin y entonces, fiel a su propósito de conocer palmo a palmo la tierra latinoamericana, Humboldt se decidió a explorar esas regiones. Entre sus hazañas más significativas hay que recordar la ascensión del Chimborazo (6.310 m.), hasta casi la cumbre, siendo esta la altura más elevada alcanzada en aquellos tiempos por pie humano, lo que le significó tener hasta 1838 el record mundial de andinismo.

Prosiguiendo su viaje hacia el sur, Humboldt hizo su entrada en Lima el 23 de octubre del mismo año 1802. Después de una breve pero nutrida permanencia en el Perú, donde estudió el sistema de Intendencias y Encomiendas, se embarcó nuevamente, y ahora, vía Pacífico, fijó su proa hacia México. Allí su estancia cubrió casi 12 meses, período en que trabajó intensamente en varios campos científicos, tiempo en el cual esbozó su interesante libro “Ensayo político sobre la Nueva España”,

De regreso a Europa, pasó por La Habana¹; luego visitó los Estados Unidos, donde fue festejado por el Presidente Thomas Jefferson, con el cual sostuvo animadas conversaciones. Y cuando en agosto de 1804 apareció en Burdeos (Francia), se le brindó un entusiasta recibimiento, no solamente a causa de los descubrimientos que llevaba consigo, sino también porque, habiéndosele dado por muerto con motivo de la falta de noticias de sus andanzas, aquel retorno tenía mucho de resurrección.

En la capital francesa, donde Humboldt se quedó después, por más de 20 años —salvo breves visitas a Berlín, Roma y Londres—, se dedicó por entero —ayudado de muchos especialistas, entre ellos Bonpland, Valenciennes, Latreille, Cuvier y Oltmanns— a la elaboración de los resultados científicos de su interesantísima gira por las Américas, que abarcó 9.000 millas, y que fueron expuestos en su erudita obra de 30 volúmenes "Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente".²

Durante su estada en Centro y Sudamérica, Humboldt conoció por igual a gobernantes y aborígenes, científicos, escritores y ocultos líderes políticos a quienes alentaba en sus ideales libertarios; pero sobre todo estrechó sincera amistad con don Andrés Bello, con quien se encontró en Caracas y al cual tanto apreció por su extraordinaria cultura.³ En París, más tarde, le fue presentado otro venezolano, apasionado y vehemente, en cuyos ojos ardía el fervor del trópico: Simón Bolívar. En una de las innumerables discusiones que los dos tuvieron acerca del nuevo continente, Bolívar le preguntó a

¹Acerca de las difíciles condiciones reinantes entonces en Cuba, Humboldt escribió a su regreso, en París, el "Ensayo político sobre la Isla de Cuba", libro que provocó muchas controversias en el Viejo y Nuevo Mundo.

²En el curso de su larga permanencia en París, además de esta monumental obra, von Humboldt publicó otros libros, entre los cuales recordamos: "Ensayo sobre la geografía de las plantas" (1805); "Cuadros de la naturaleza" (1808); "Vista de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América" (1810); "Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España" (1811); "Examen

crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente y del progreso de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI" (1814-1834) y "Ensayo político sobre la Isla de Cuba" (1826).

Fue éste el período en que conoció y colaboró intensamente con algunos destacados científicos, tales como Gay-Lusac, D. F. Arago, C. F. Gauss y C. Ritter.

³Don Andrés Bello publicó en Londres, entre 1823-1827, una serie de artículos personales basados en los trabajos de Humboldt, como asimismo varios extractos de los libros de éste y de Bonpland, relacionados con el Continente americano.

Humboldt si en vista de su experiencia no estimaba que había llegado el momento de que el Imperio colonial español se separase de la Metrópoli y declarase su independencia. Humboldt, refiriéndose al espíritu insurreccional que ya afloraba en América, le contestó: "Creo que la fruta está ya madura, mas no veo al hombre que sea capaz de resolver tal problema". Palabras proféticas que luego se cumplieron, pero cuando fueron pronunciadas el perspicaz prusiano no imaginó que sería precisamente aquel frágil y vibrante jovencuelo que tenía frente a sí el hombre que más tarde, junto con San Martín, Sucre y O'Higgins, iba a cortar el nudo gordiano de Sudamérica, ofreciendo a sus pueblos la deseada libertad.

El protegido de Goethe y el futuro Libertador de América se hicieron grandes amigos. A pesar de la larga distancia que los separó y de los acontecimientos muchas veces desfavorables, siguieron manteniendo las relaciones de simpatía recíproca iniciadas en la hospitalaria casa de Humboldt en París, a través de emocionadas cartas. Con el transcurso del tiempo, tanto crecía el entusiasmo del sabio alemán por las excepcionales dotes de caudillo, legislador y pensador de su ilustre amigo, que le escribió en una oportunidad —para testimoniarle su inconmensurable aprecio— estas líneas:

"En medio de los grandes y nobles hechos de Vuestra Excelencia, que constituyen la admiración de ambos hemisferios, vuestro corazón sigue siendo susceptible a las manifestaciones de la amistad. Las cartas de Vuestra Excelencia me lo han demostrado y las conservo como un valioso signo de la benevolencia de Vuestra Excelencia para conmigo, como el más hermoso título de gloria de una vida consagrada a defender con armas, seguramente muy débiles, los progresos de la razón y de una sabia libertad. Una voz interior me dice que nos volveremos a ver en esta vida, pero en aquel continente que debe su libertad, no tanto a la gloria de las armas de Vuestra Excelencia, como a la noble moderación de vuestra alma, y donde espero terminar mis días".

Pero esta vez la profecía no se cumplió. Bolívar, que rechazó en 1826 la corona de emperador de su patria y que recorrió más tierras con la bandera de la libertad que ningún otro conquistador —como justamente observó José Martí—, murió a fines de 1830 enfermo y amargado. Parece que esta tristísima noticia determinó a Humboldt a renunciar a su nuevo viaje a Sudamérica y dedicar el resto de su vida a la redacción de otros valiosos libros o a las interesantes exploraciones que mencionaremos más adelante.



En cuanto a Chile, si bien Humboldt no alcanzó, pese a su deseo, de recorrerlo, su fecunda y novedosa labor fue divulgada entre los hombres de ciencia de este país, especialmente por obra de don Andrés Bello. De aquí que, en los trabajos de algunos estudiosos, tales como Domingo Amunátegui, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y otros se siente la poderosa influencia del genial investigador alemán.⁴ Con don Vicente Pérez Rosales, Humboldt tuvo un amable intercambio epistolar,⁵ cuando éste desempeñaba en Alemania el cargo de "Agente de Colonización de Chile". En una carta fechada en Postdam el 7 de agosto de 1857, Humboldt, después de agradecer al representante nacional el envío del notable "Cuadro estadístico de Chile", le expresa: "Habiendo ido de Quito al Callao de Lima para observar allí el paso de Mercurio sobre el Disco Solar en 1802, observación que ha llegado a ser importante para la longitud de toda la costa occidental de Chile (comunicación de Sir Roderich Marchison a la Sociedad Real de Geografía, el 25 de mayo de 1857, pág. 107), he sentido mucho no haber podido penetrar más lejos, hacia el sur...".⁶



De vuelta a su patria (1827) fue nombrado Consejero real y, por encargo del Rey Federico Guillermo III de Prusia, Humboldt participó en diferentes congresos científicos y políticos, dando también un célebre ciclo de lecciones universitarias sobre "La descripción física del Universo". Invitado por el Zar Nicolás I de Rusia, Humboldt emprendió en 1829, o sea a la edad de 60 años, una expedición a los Urales, Mar Caspio y Siberia hasta las lejanas fronteras chinas.⁷

⁴A su vez, Humboldt, que se interesaba por todo lo que se relacionaba con la historia y geografía de América, manifestó haber conocido Chile a través de la lectura del poema "La Araucana" y de las obras de J. J. Molina, E. Poeppig, C. Gay, Ch. Darwin, V. Pérez Rosales, etc.

⁵A pesar de su avanzada edad, Humboldt mantenía una nutrida correspondencia con sus amigos —hombres de ciencia y admiradores—, intercambio epistolar que alcanzaba a

un número de 3.000 cartas recibidas y 2.000 contestaciones de puño y letra del venerable maestro, en el curso de un solo año.

⁶Esta carta original se encuentra en los archivos de la Biblioteca Nacional de Santiago.

⁷Los principales resultados de esta expedición los dio a conocer en una memorable conferencia que dio en 1829 en Petersburgo; los mismos resultados fueron publicados más tarde (París 1831 y 1843) junto con un

Entre 1830-1848, el hombre que se había excusado en numerosas oportunidades de ocupar el cargo de Ministro de Estado por el amor a la ciencia, aceptó varias misiones diplomáticas en París (ocasión en que publicó nuevos trabajos de su especialidad) o bien acompañó al nuevo monarca, Rey Federico-Guillermo IV, en giras por Inglaterra y Dinamarca.

En los últimos años de su vida, el venerable maestro volvió a Berlín donde continuó con inagotable entusiasmo sus estudios. Obras tras obras brotaron de su pluma —inéditas o ampliaciones—, llenas de información y de doctrina, hasta que cerró los ojos en el atardecer del 6 de mayo de 1859, pocos meses antes de haber cumplido 90 años. Dejó así, para siempre a su amado "Kosmos", cuyos íntimos secretos quiso esclarecer en la forma más minuciosa posible, mediante una investigación libre, empírica, en el cultivo de una Humanidad progresista, liberal y en la defensa de los derechos humanos y de justicia social, como acertadamente lo caracterizó el profesor Carl Troll, de la Universidad de Bonn, en su reciente conferencia dada en Santiago (abril 1959).



La prodigiosa actividad científica de Von Humboldt, iniciada cuando tenía apenas 20 años (1789) con el volumen "Observaciones mineralógicas sobre algunos basaltos del Rhin", en que ya demostraba su ingenio y talento, hasta su obra magna "El Kosmos" —una síntesis del mundo físico— que se publicó en 4 tomos entre 1845-1858,⁸ abarca múltiples ramas de la ciencia, algunas de ellas hasta aquel entonces desconocidas (geografía, historia, mineralogía, antropología, bioquímica, astronomía, estadística, ciencias políticas, arqueología, etc.). En total, se conocen 636 memorias o trabajos científicos, que son testimonios irrefutables de las andanzas de Humboldt por inhóspitas o inexploradas regiones y de la labor desarrollada por este infatigable investigador, uno de los hombres más fecundos, constructivos y originales que ha dado la ciencia universal.

En lo referente a América, la obra cardinal de Von Humboldt es la ya mencionada "Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente", fruto

"Mapa de las cadenas de montañas y de los volcanes del Asia Central". Con estos trabajos, Humboldt rectificó muchos errores sobre la mineralogía, orografía y climatología de las regiones mencionadas.

⁸La muerte sorprendió a Humboldt cuando redactaba el V tomo del "Kosmos"; este volumen apareció, sin embargo, en 1862 por obra del Prof. E. Buschmann.

de la gran expedición que hizo el sabio alemán entre 1799-1804 y que será el prototipo de los viajes científicos que habían de realizarse posteriormente.⁹ Esta obra gigantesca comprende, como ya hemos afirmado, 30 volúmenes agrupados en siete secciones (relaciones históricas del viaje, las civilizaciones primitivas del Nuevo Mundo, observaciones zoológicas, ensayos económico-políticos, observaciones astronómicas, física general y geología, y plantas equinocciales). Del contenido de dichos libros, para dar un solo ejemplo, resulta claramente que Humboldt había recogido nada menos que 60.000 plantas, de las cuales 4.500 eran nuevas para la ciencia, y había enriquecido el saber humano con 200 nuevas posiciones astronómicas y 500 barométricas.

Durante los siglos XVIII-XIX, el Nuevo Mundo fue visitado por notables científicos tales como Amedée de Frezier, La Condamine, Bonpland, Teodoro Hanke, Vancouver, Zea, Darwin, Lozano, etc.; pero ninguno de ellos quedó signado, para siempre, con el permanente sello americano como lo fue Humboldt.

Alejandro von Humboldt, hombre que había dedicado por entero su espíritu y su fortuna a las investigaciones de las ciencias naturales, no se limitó a las observaciones fundamentales sobre la naturaleza de las regiones que recorría, sino que se preocupó en forma especial del factor humano. Para él, el mundo no estaba poblado únicamente por piedras, ríos, plantas, árboles o especies zoológicas (error común de muchos naturalistas de entonces y de hoy), sino que, ante todo, el mundo estaba gobernado y habitado por hombres. De todas maneras, el mundo debía ser tomado como una unidad, con su fauna, flora, montañas y estepas, poblaciones y condiciones políticas, pues existe una visible concatenación e interdependencia entre los fenómenos terrestres: físicos, biológicos y humanos.

De ahí la atención que él concedió en sus escritos al origen racial, idiomas, estado de civilización y social, emigraciones, etc., de los pobladores de los países que visitó. Intrigado por las malísimas condiciones en que vivía la mayoría de los indígenas, no rehusó tomar la defensa de éstos contra los conquistadores. En sus páginas¹⁰ dimana una encendida protesta contra los corregidores por la crueldad del trabajo a que se sometía a los nativos y a

⁹No hay que olvidar que a fines del siglo XVIII, alrededor de los $\frac{4}{5}$ de la extensión del mundo estaba todavía inexplorada por el hombre civilizado.

¹⁰Ver "Ensayo político sobre la Is-

la de Cuba". Humboldt, que fue un decidido anticolonialista, criticó acremente el hecho de que al traducirse esta obra en USA le censuraron algunos párrafos referentes a la esclavitud.

los esclavos negros, para los cuales pide justicia. Además, se opuso categóricamente al espíritu feudal-mercantilista que entonces predominaba y cuyos defectos él conocía bien, como asimismo a las distinciones de clases y restricciones o limitaciones de toda índole. Sin embargo, las mismas páginas reflejan igualmente una ilimitada fe en el futuro de los pueblos latino-americanos.

Para la estadística, que apenas se conocía en dicha época, y para la economía política, fueron de trascendental importancia las investigaciones que llevó a cabo Humboldt. Recordamos que el mismo gobierno español se sirvió de las noticias publicadas por Humboldt referentes al aumento progresivo de la población, al consumo interno y a la balanza comercial, mientras que el Poder Ejecutivo del Gobierno mexicano dijo en un acto público solemne con fecha 21 de julio de 1824 que: "El Ensayo político sobre la Nueva España del señor de Humboldt comprende la descripción más completa y más exacta de las riquezas naturales del país y que la lectura de esta grande obra ha contribuido mucho a reanimar la actividad industrial de la nación y a inspirarle confianza en sus fuerzas propias...".

Además sorprende su clara visión con respecto a la necesidad de la construcción de los canales de Panamá y Nicaragua, aquél ya un hecho desde 1914 y éste una empresa realizable, probablemente en el futuro.

Otro notable aporte de Humboldt fue lo relacionado con la corriente que lleva su nombre. La existencia de una corriente fría a lo largo de las costas de Chile y del Perú había sido advertida desde los tiempos de los Incas y de la Conquista, pero mayores detalles no existían o no se habían divulgado hasta 1803 cuando Von Humboldt la estudió.



El mundo científico, reconociendo la extraordinaria importancia de la obra de Von Humboldt, le concedió el título de uno de los "Padres de la geografía moderna", especialmente por sus investigaciones metódicas en algunos campos casi desconocidos entonces de esta disciplina como, por ejemplo, la geografía física y climatológica, la física marítima, la fitogeografía, etc. No se debe tampoco olvidar sus preciosas contribuciones al tratar de la intensidad de la fuerza magnética, la geología, la astronomía (dedicó especial atención a la Cruz del Sur), la zoología, la botánica, la mineralogía, etc., ciencias que se enriquecieron con sus investigaciones, esclareciendo aspectos de ellas hasta entonces desconocidos.

En sus trabajos de carácter histórico, Humboldt se muestra no como el común historiador que se atenía únicamente a los detalles, a los hechos escuetos, sino que se sirvió de todo el material recogido para lograr su gran finalidad, que era comprender los fenómenos de los seres corporales en su dependencia general y la naturaleza como un todo movido y animado por fuerzas intrínsecas. En otras palabras, Humboldt ponía constantemente de relieve —como ya lo dijimos— las relaciones existentes entre la intuición profunda de los fenómenos de la naturaleza, la formación espiritual y el bienestar material de los pueblos. Humboldt buscó por todos los medios el ascenso de la Humanidad a una concepción más elevada, más vasta y ennoblecedora del espíritu, llegando hasta proponer la abolición de las fronteras, que los prejuicios y las opiniones unilaterales han tendido hostilmente entre los hombres.



Dedicando todas sus energías al fomento general de la ciencia, Humboldt alcanzó éxitos que le granjearon un prestigio enorme y su imponente obra sigue todavía siendo en alto grado saludable y provechosa. Europa y América le tributaron honores de soberano, eligiéndolo miembro de las más célebres Academias o nombrándolo “Benemérito de la Patria”, como fue el caso de México. Su memoria perdurará a través de los tiempos, repetimos, no solamente gracias a su extraordinaria obra, sino también por aquellas montañas, ríos y corrientes, que en reconocimiento a sus hazañas, llevan su nombre. Asimismo, en 1925, fue creada en Berlín, en su honor, la “Fundación Humboldt” bajo la tutela de la Academia de la Ciencia alemana y de las autoridades gubernamentales, destinada a facilitar a los jóvenes estudiosos de todo el mundo la permanencia en una Universidad germánica para la ampliación de sus conocimientos científicos.¹¹

Por nuestra parte, como el mayor homenaje a la sabiduría del Maestro, citaremos las siguientes palabras del gran Goethe, quien había apreciado a Humboldt desde su juventud, al cual guardaba gran admiración:¹²

“Humboldt ha estado conmigo algunas horas esta mañana. ¡Qué hombre! A pesar de que lo conozco hace mucho tiempo, me asombra cada vez

¹¹Se cumplió de esta manera el vivo deseo de Humboldt de que se diera una instrucción más amplia y

profunda a las futuras generaciones.
¹²Carta al escritor Eckermann, diciembre de 1826.

más. Puede decirse que no hay quien le iguale en conocimientos y en saber vivido. ¡No he visto a nadie que abarque tanto como él! Cualquier punto que se toque lo domina, todo lo conoce a fondo, y sobre cualquier asunto nos alimenta con tesoros espirituales. ¡Es una fuente verdadera de sabiduría! Se quedará en mi casa unos días y creo que los voy a aprovechar como si fuesen años...”.

Más tarde, en otra oportunidad, dijo de él: “Cada vez que escucho a Humboldt siento que mis trabajos de historia natural despiertan de un sueño invernal”.



Con la muerte de Humboldt (el “Aristóteles moderno” o el “Sabio universal”) desapareció el más minucioso de los investigadores terrestres del siglo XIX, pues sus estudios realizados por extensas y remotas regiones comprendieron, además de los importantes aspectos físicos de la tierra, aquellos no menos apreciables, como los económicos, sociales y políticos.

Desapareció igualmente con él la insigne personalidad que, extendiendo un puente invisible para las futuras relaciones e intercambios entre el Viejo y el Nuevo Mundo, contribuyó en modo decisivo al mejor conocimiento de la América hispánica, no solamente en Alemania sino en toda Europa, despertando el interés de ésta por la futura evolución de los jóvenes pueblos americanos. Fue, sin duda, el más destacado de los alemanes que pisó estas latitudes después de la Compañía de los Welser (Venezuela, 1529) y de Ulrich Schmidt (Río de la Plata, 1534).

Si Colón y Vespuccio fueron los descubridores “materiales” de las tierras americanas, no parece exagerado el título que un connotado escritor confirió a Humboldt de “Redescubridor de la naturaleza y del espíritu del Continente latinoamericano”.